

Dr. Luis M. Mora

Volumen XVIII.—Marzo 1.º de 1923.—Número 172.

REVISTA
del
COLEGIO MAYOR
de
Nuestra Señora del Rosario.

Publicada bajo la dirección
de la Consiliatura



Nova et vetera

BOGOTA
IMPRENTA DE SAN BERNARDO
MCMXXIII

REVISTA

del

Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario

Bogotá, Marzo 1.º de 1923

REFLEXIONES SOBRE EL CENTENARIO DE PASTEUR

(Traducción de Manuel Antonio Botero)

I

La celebración del centenario de los grandes hombres va formando progresivamente parte de los ritos públicos de Francia. Es preciso ver en ello uno de los inconscientes y poderosos esfuerzos de la naturaleza social, pues hay una naturaleza social que tiende a perdurar para sostener en nosotros aquel sentimiento y culto del pasado, sin el cual no existe la patria. La misma palabra lo indica: *terra patrum*, es decir, la tierra formada por nuestros ascendientes, y que debemos perpetuar. Las revoluciones que se han sucedido en nuestra patria desde el movimiento de 1789 nos han privado de muchos elementos de perpetuidad. Uno de los peores peligros de las democracias consiste en la completa soberanía concedida a las mayorías contemporáneas que, aunque absolutamente libres de manosear a su capricho las instituciones, hacen disminuir la solidaridad tradicional, necesaria a la continuidad del esfuerzo común y a la trasmisión de los bienes

CONTENIDO

Reflexiones sobre el centenario de Pasteur.....	PAUL BOURGET.
Un soneto colombiano juzgado en España.....	TOMAS ECHEVARRIA.
Un nuevo texto de historia moderna.	
Einstein.....	JOSE EUSEBIO RICAURTE.
Actos oficiales.	
La comunión.....	LUIS MARIA MORA.
¡Restitución!.....	F. Z.
El drama de la Pasión en Oberammergau.....	P. FELIX RESTREPO.
Testimonio de afecto.....	FRANCISCO PUYANA.
¡Adiós, Cordera!.....	LEOPOLDO ALAS.
La Sociedad de San Vicente de Paúl en Medellín ...	JULIO CESAR GARCIA.

adquiridos. El instinto con que más a menudo nos unimos espontáneamente, para conmemorar a nuestros muertos ilustres, puede considerarse como reacción saludable contra el espíritu del eterno comenzar de nuevo, que es lo contrario del progreso. En memorable frase escribía Pascal que la humanidad debe considerarse como un hombre que subsiste siempre, y que siempre aprende. Pero qué es lo que aprende si no es recordar, desde luego? Desgraciados los pueblos en que no halla eco la sabia fórmula de nuestros abuelos romanos: *majoribus placuit*.

La celebración de estos magníficos centenarios no tiene solamente por objeto poner por algunos instantes la conciencia nacional en presencia de su propia historia, haciéndola viva de nuevo, sino también obligarnos a reconocer una verdad no menos importante que la del valor del pasado, mostrándonos que la historia de la nación es la de los grandes hombres que ella ha producido. Frase más falsa que la pronunciada por Anarchasis Cloutz, no se oyó jamás en aquella época en que se lanzaron expresiones tan falsas: «Francia, desconfía de los individuos.» Por el contrario, con las fuertes individualidades es con lo que todo se anima, se organiza, se crea en la nación, ya se trate de la vida política o de la militar, de literatura o de ciencia, de industria o de comercio; y estos centenarios tienen, además, otra enseñanza para quien medita en ellos, y es, hacer evidentes las circunstancias que han producido esas vigorosas individualidades. Nos damos cuenta de que ciertos medios las han favorecido, digámoslo mejor, las han elaborado. Es como una experiencia psicológica, a la cual asistimos, y de la que sacamos consecuencias comprobadas sobre la bondad o malignidad de tal pretendido prejuicio, de tal pretendida reforma. Es una de las aplicaciones de la máxima de

Buffon, que a Pasteur le gustaba citar, y que por desgracia no es muy practicada en sociología: «Reunamos hechos para formar ideas.»

II

Acabo de escribir el nombre del admirable sabio, cuyo centenario, que se celebra en estos días, puesto que nació el 27 de diciembre de 1822, provoca muchas otras reflexiones de carácter general. Modestamente quisiera señalar en esta ocasión algunos rasgos que hacen de él, para emplear una expresión del americano Emerson, un hombre representativo en el más alto grado, desde luego, de una virtud cuyo valor, la Francia contemporánea no comprenderá jamás suficientemente. Uno de los generales alemanes dijo en la guerra estas palabras que sería preciso repetir constantemente a todos nuestros conciudadanos: «Tal vez seamos vencidos en esta ocasión, pero tomaremos el desquite y acabaremos por ser vencedores por medio del trabajo.» Trabajo es lo que hoy necesita el país para que esta trágica predicción de uno de nuestros implacables enemigos sea desmentida; y recordar a Luis Pasteur es honrar a un héroe del trabajo.

El trabajo! En los fragmentos de su correspondencia, esparcidos en el bello libro que le dedicó su yerno, M. René Valery-Radot, estas sílabas sagradas pasan y repasan sin cesar. Estando aún en el colegio, escribió a sus hermanas: «Queridas hermanas: os recomiendo que trabajéis; cuando uno adquiere el hábito del trabajo no puede vivir sin él. Por otra parte, de él depende todo en este mundo.» Oído después de más de medio siglo de intenso y constante trabajo, charlar bajo los tiernos castaños de su Instituto. Va a morir. Le han levantado una tienda a cuyo abrigo pasa algunas horas de la tarde. Todas las noches lo velan dos de sus alum-

nos. Ellos vuelven de nuevo para hacerle compañía: «¿Dónde estabais?, les pregunta, averiguándoles sobre sus investigaciones. Qué hacíais?» Y para terminar, el mismo consejo, el que no ha cesado de darse a sí mismo y de poner en práctica: «Es preciso trabajar.» Podemos seguir, año por año, en el libro de M. René Valery-Radot el desarrollo de esta existencia de trabajo. Aquí mismo y con ocasión del tricentenario de Molière, procuré caracterizar la ética intelectual de ese gran escritor, diciendo que había realizado su labor en medio del oficio. ¿Me equivocaría si tomara, a propósito del gran químico, los propios términos que he aplicado al autor dramático? Tanto es verdad que todos los genios se emparentan por idéntica disciplina. Quieren servir, y por eso comienzan por sacrificarse y sacrificar sus facultades y su suerte. Molière es actor y director de teatro; trabajará en el desempeño de ese doble oficio. Pasteur, simple bachiller en letras, y aspirante a la Escuela Normal, comienza por ocupar puesto de maestro suplementario en el Liceo de Besançon, siguiendo estrictamente la clase de matemáticas especiales. ¡Con qué energía de buen obrero saca inmediatamente de esa situación el elemento aprovechable, el que lo ha de ayudar en su educación! «Me siento siempre perfectamente satisfecho por tener un cuarto,» escribe a sus padres. «Ya tengo más tiempo... También advierto ya ciertas modificaciones en mis estudios. Las dificultades se allanan más y más porque tengo más tiempo que consagrarles, y no pierdo la esperanza, trabajando como lo hago y como lo haré el año próximo, de ser recibido en un buen puesto en la Escuela.» Pasa sus exámenes, no logra el éxito que quería, y comienza de nuevo la tarea de repetidor en la Pensión Barbet, siguiendo del todo los cursos del Liceo San Luis. Solamente es recibido para el cuarto año en la Escuela

Normal. Si se me permite consignar aquí un recuerdo personal, tengo presente aquel acento con que mi padre, que había sido camarada suyo en esa escuela, me decía cuando me veía desalentado en mis deberes de estudiante: «Te afliges por no tener facilidades: Pasteur tampoco las tuvo; él no sobresalía: hoy es el primero entre todos nosotros. Si lo hubieras visto trabajar, comprenderías por qué.»

El taller de trabajo es ahora para el alumno de la Normal, el laboratorio. Todos los retratos de Pasteur se parecen, a través de las diferencias de edad, del modelo y de la ejecución de los pintores, por la expresión de la mirada, tan admirablemente fija. Su facultad sobresaliente parece haber sido una fuerza extraordinaria de contemplación refleja. Todavía, ¡cuán humildemente ejerce esta fuerza sobre problemas que no tienen nada de común con la grande obra de los que buscan la piedra filosofal! Un químico sueco, Sheele, descubrió en 1770, al analizar las gruesas capas de tártaro formadas en los toneles de vino, un ácido que llamó ácido tartárico.

En 1820 un industrial de Thann, Kestner, obtuvo al preparar este ácido tartárico, otro ácido muy singular que no pudo volver a producir. Gay-Lussac y Berzelius se ocuparon en él sin fijar su ley. Habíanlo llamado ácido racémico o paratártarico. Al estudiarlo, a su vez un químico cristalógrafo de Berlín, Mitscherlich, llegó a esta conclusión enigmática: las combinaciones salinas sacadas de estos ácidos, el tártaro y el paratártaro, semejantes todas por la forma cristalina, por la naturaleza y número de los átomos, se comportan de modos diferentes en sus relaciones con la luz polarizada. Se me excusará el tecnicismo de estas fórmulas que he transcrito del libro de M. Valery-Radot, pues es necesario, para comprender cómo procedía el genio de Pasteur. Leyó

éste la nota de Mitscherlikc que fue el constante y único objeto de sus meditaciones. Pasa sus años de escolar allegando ideas, y preparando los exámenes. En esto tampoco fue aventajado; no ganó más que el tercer año, pero tuvo la suerte de entrar como ayudante en el laboratorio de Balard, el descubridor del bromo, y preparando su tesis continuó profundizando a fuerza de cavilaciones y de inducciones, la cuestión planteada a su inteligencia por la nota de Mitscherlikc.

La revolución de 1848 lo exalta; muere su madre, y él se desespera; pero ni el ardor cívico, ni aquella desgracia doméstica le impiden indagar obstinadamente acerca de la constitución de ese misterioso ácido paratartárico hasta que al fin el problema quedó resuelto, aunque el anciano Biot no quiso creer al principio. Se ha citado a menudo, pero jamás suficientemente, la conmovedora frase de este sabio glorioso de más de setenta años de edad quien, convidado a verificar este experimento, en el momento en que Pasteur dio con el resultado en el aparato, tomándolo en los brazos le dijo: «Querido niño, tanto he amado las ciencias en mi vida que esto me hace palpitar fuertemente el corazón.» Estas palabras dan a entender por qué el matemático Franz Woepke no mentía cuando declaraba a su amigo Jaime: «Tomo la vida por su aspecto poético.»

PAUL BOURGET

(Concluirá)



Universidad del
Rosario

Archivo
Histórico